

SANDRA
BARNEDA
LAS OLAS
DEL TIEMPO
PERDIDO



Sandra Barneda



Las olas del tiempo perdido

Contar las olas en el ocaso del día. El juego que Belén y su hermano pequeño, Adrián, compartían cuando la vida no se contaba en días, sino en eternidad. Lo hacían siempre al inicio y al final de cada verano y, aunque sabían que no había un ganador, deseaban ser los cazadores de la última ola del día. Era su homenaje al final del día; al paso de la luz a la oscuridad. Un juego sin sentido para el resto, pero uno más de unión y de complicidad para ellos.

Cuando quedaban unos minutos para que el astro descendiera por el horizonte hasta desaparecer, Belén y Adrián se sentaban sobre una de las grandes piedras del jardín, al borde del abrupto acantilado contra el que rompían las olas escupiendo espuma con fuerza, y, tras un «¡Ya!», comenzaba la cuenta. No podían distraerse. Con el último rayo de luz, desvelarían la cuenta y esta debía coincidir. Solo así lo habrían logrado: cazar la última ola del día. Al principio, siempre conseguían mantener la concentración, pero, poco a poco, por culpa de miradas cómplices, pequeñas tretas para distraer al otro o risas contagiosas se perdían en el recuento.

—¡Cincuenta y siete!

Las veces que Belén y Adrián coincidían en el número lo celebraban siempre del mismo modo: a la carrera, con

una divertida amalgama de saltos y esprints para llegar cuanto antes a casa. Después de más de media hora a la intemperie, bajo los húmedos atardeceres de Ajo, necesitaban hacer bombear el corazón y entrar en calor. Adrián siempre era el primero en llegar, siempre deprisa, una premoción que nadie supo ver. Tampoco Belén.

Sus padres jamás entendieron aquel juego de contar las olas del atardecer, como tampoco su vitalidad y sus ganas de disfrutar con cada aliento de vida.

—¡Adrián y Belén! ¡Los zapatos!

De la emoción, solían saltarse el riguroso protocolo de entrada a la casa marcado por su padre, el afamado y respetado psiquiatra doctor Guerrero: tan frío y distante con sus hijos.

—¡Sacaos los zapatos si no queréis que vuestro padre os haga limpiar todas las huellas que dejéis en el suelo!

Su madre, cómplice y protectora, aspiraba a salvarlos de cualquier castigo y de la férrea disciplina de su marido. Pero Flore Collet no podría ni con la fuerza de las olas ni con el imperioso ímpetu de la vida, no podría evitar el verdadero ocaso de su existencia: la muerte de su hijo pequeño. Como una flor, como su propio nombre, pero sin luz, ella también se apagaría con Adrián.

—¿Cuántas olas esta vez?

—¡Cincuenta y siete, mamá!

Adrián hablaba pisándose las palabras, por la precipitación, por la emoción, porque la vida siempre parecía escurrírsele, y terminaba por estallar de risa contagiando a quien estuviera junto a él.

Belén contemplaba desde la gran cristalera de su habitación el romper de las olas; ese reloj infinito de un tiem-

po perdido. Ya no era lo mismo. Nunca nada volvió a ser como cuando eran niños. Cerró los ojos y dejó que su mente dibujara la sonrisa eterna de Adrián, levantando los brazos al tiempo que celebraba la victoria —¡¡¡cincuenta y siete!!!—. Inspiró empapándose de la esencia de ese recuerdo rescatado, como si la vida no hubiera sucedido.

Ahora era ella la afamada psiquiatra, la doctora Collet. Había adoptado el apellido materno por amor a su madre y para borrar cualquier huella de su padre. Cuando había huido de él, no reparó en la imposibilidad de librarse de los rasgos heredados. Belén tenía la misma mirada cristalina que el doctor Guerrero; el tiempo y el estrago emocional las convirtieron en idénticas: igual de frías y distantes.

Observó su reflejo en el espejo y sintió cómo el fantasma del pasado le estrangulaba las tripas. Se abrazó el bajo vientre con el deseo de obtener el calor perdido de una familia desmembrada por la desgracia. Habían pasado más de veinte años, pero el dolor no viaja con el tiempo, sino con suspiros que, como rayos, iluminan lo que se perdió y ya no retornará.

Belén inspiró otra vez con fuerza, deseando escapar de los recuerdos, pero se percató, de nuevo con una sonrisa, de que se había despertado con deseos de volver a jugar, de recuperar las cuentas con el mar, aunque las olas no le trajeran el tiempo perdido ni a los perdidos.

—Estos días volveré a cazar, hermanito, como cuando éramos niños. ¡Te lo prometo!

El paso de los años activa el peligroso contador del olvido que, si escoge el dolor como guía, puede terminar devorando la memoria más preciada. Demasiados años consumidos en el empeño de obligarse al abandono de lo que se había vivido, mirando hacia delante, corriendo con la prisa de la huida de unas huellas que nos hicieron ser lo

que somos y lo que seremos. En esa carrera que cualquiera pierde y solo gana la vida, que te devuelve en un extraño sortilegio al sitio donde colgaste el cartel del olvido para repararte en recuerdos, en volver a sentir que el secreto de vivir está en aceptar la paradoja de la imagen arquetípica del loco caminando con la punta de sus pies directo al acantilado y sosteniendo un lirio en la mano.

Belén había logrado pescar ese recuerdo junto a Adrián: cazar la última gran ola del día y sentirse como el capitán Ahab en busca de su particular Moby Dick. Puede que ese fuera el camino: rememorar lo que todos quisieron olvidar.

Sonrió invadida de él, aunque con la expresión herida, mientras avistaba el primer asomo de sol, con sus primeros rayos atravesando las nubes. Como un espejismo, le pareció ver la silueta de Adrián con los brazos en alto subido a la gran piedra que emergía como una efigie a un lado del jardín de la casa.

No era la misma piedra en la que se sentaban cuando eran pequeños, pero resultaba suficientemente grande y alta como para acogerlos a Adrián y a ella de adultos: sentados, estirados, cazando olas o estrellas fugaces en la noche de San Lorenzo.

Esa gran piedra ejercía de faro oculto desde el acantilado y fue la razón por la que Belén había decidido diez años atrás comprar aquella casa. Lo hizo la misma semana que perdió a su madre, ante la necesidad de poner los pies sobre su infancia en Ajo. Aquel lugar de espíritu vikingo donde durante muchos veranos no existieron los imposibles y fue sencillo imaginar el Valhalla.

Con el pelo todavía húmedo, pero ya vestida, se arrodilló en el mirador acristalado de su habitación y observó la llegada del nuevo día. Necesitaba unos minutos más. Ha-

bía dormido poco; un sueño demasiado ligero, alterado por la llegada de todos.

Ese *mare tenebrosum*, ese pedazo de mar Cantábrico se exponía ante Belén inclemente, con el salvaje vaivén de sus aguas rompiendo contra el acantilado. Aquella mañana parecía batir con una fuerza mayor, mostrando su poder ingobernable; igual que la vida, los recuerdos y la muerte. Cerró los ojos para escuchar el oleaje, procurando acompañar su respiración a cada rugido, ruidos también de su alma, agitada desde que había decidido reunirlos a todos. Sentía el corazón desbordado. No había sido fácil llegar hasta allí, encontrar el equilibrio después de las sacudidas descarnadas de la vida: la muerte de su hermano, el abandono de su padre y la muerte de su madre.

La tristeza cabalga sobre el alma de cada uno recorriendo los senderos más sombríos. Su madre se había quedado en la oscuridad; su padre, en la renuncia, y ella, en el frío refugio del éxito. Belén había logrado llenar su vacío huyendo de su propia vida y viviendo otra: la que marcaba el triunfo, encarnado en su personaje público, la doctora Collet.

El sonido de la vibración del móvil interrumpió el paseo de su mente. Abrió los ojos y sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Hola, ¿ya ha llegado? Dale de desayunar. En seguida bajo.

Eran las 7.21 de la mañana. El viaje al pasado parecía haber terminado, aunque Belén sabía que, como el día, no había hecho más que empezar. Elvira, su secretaria, la avisaba de que había llegado el primero. Antes de levantarse, perdió su vista de nuevo en el acantilado durante unos segundos más, los suficientes para sentir esa comunión en forma de vértigo con el paisaje.

Belén llevaba veinte años queriendo atrapar la propia vida, pero había llegado la hora de devolverle el timón y transitar por ella con todos sus riesgos.

Se miró al espejo sin sentir ni un poco de amargura por haber tomado demasiadas decisiones equivocadas. Se perfiló los labios, se atusó la media melena y se colocó el cuello de la camisa para salir a recibir a las visitas: amigos de ese tiempo ya inalcanzable que estalló en mil añicos con la muerte de Adrián.

Abrió la puerta con el ímpetu de la doctora Collet; solo para unos pocos, solo para ellos era Belén, Belén Guerrero.

Atravesó uno de los grandes salones de la casa y fue directa al porche, también acristalado. La chimenea gozaba de un acogedor fuego y se encargaba de aspirar la humedad y el frío de la mañana. Se detuvo en seco para observar al recién llegado: de espaldas a ella, con una taza en las manos frente al paisaje. Había suficiente distancia como para que no la hubiera oído llegar. Contemplar la intimidad de otro sin ser descubierta siempre le había producido un placer extrañamente perverso; penetrar almas sin permiso ni previo aviso. Rasgando la observación violenta de la intimidad, Belén carraspeó antes de reemprender el paso.

—¡Buenos días! No esperaba que la puntualidad fuera otro de tus atributos. Sebas se olvidó de contármelo.

Mientras Belén se acercaba, el invitado se dio la vuelta y sonrió como lo que deseaba ser: una estrella de cine. Por el momento, era un actor en busca de la gran oportunidad que para mantenerse aceptaba todo tipo de trabajos: camarero, *boy* en despedidas de solteras o, como en ese caso, novio por días.

—Hugo, encantado.

Se contemplaron con el descaro que caracterizaba el propio encargo: parecer íntimos, una pareja de enamorados, pero protegiendo sus intenciones ocultas. Belén inquietó a Hugo con solo mirarlo, y este pudo comprobar lo que le habían contado de ella: una mujer tremendamente atractiva con semblante frío e indiferente. Tras la muerte de su hermano Adrián, le habían diagnosticado alexitimia, un trastorno, consecuencia de un trauma emocional, que la incapacitó durante mucho tiempo para expresar lo que sentía. Fue tratada y recuperó la capacidad de sentir y de hablar de sus sentimientos, pero permaneció en ella, de forma crónica, una máscara vital que la blindaba internamente de cualquier otro golpe de la vida. Belén se recobró casi por completo, pero arrastraba una gran lacra: su incapacidad para enamorarse. Nadie lo sabía y ella deseaba mantenerlo en secreto.

—Será mejor que te des prisa en quitarte el palo del culo si no quieres que nos descubran de un plumazo.

Hugo sonrió volviendo a mostrar su amplia y blanca dentadura y se estiró los puños del jersey azul Bilbao, como llamaban en el norte al *classic blue*.

—La situación es un poco extraña, pero en seguida cogeré el tono.

Se sentaron el uno frente al otro y se observaron de nuevo en silencio. A Hugo le seguía intimidando la mirada de Belén. Sintió un golpe de rabia herida que controló, sin que ella se diera cuenta, con el cierre instintivo de sus puños escondidos bajo la mesa. Parpadeó varias veces usando la técnica EMDR, un sutil movimiento ocular que produce un efecto directo sobre el sistema nervioso y sobre las memorias no procesadas. Belén no era la única: todos acumulamos traumas. Hugo también.

Sin que Hugo tuviera apenas tiempo para recompo-

nerse, Belén, en un movimiento rápido, lo besó en la boca. Un roce descarado de sus labios con los de Hugo, humedeciéndolos, mordiéndolos, jugando a perseguirlos y descubriendo el despertar inmediato del deseo. Un primer paso para abrir el baile de sus lenguas y un inesperado calentón que, de no haber sido por la llegada de Elvira, habría podido ir a más.

—¿Otro café?

Hugo, todavía con los labios encarnados y sintiendo el calor del sexo despertado, respondió afirmativamente con una sonrisa nerviosa. Por la impresión de su primer minuto con Belén, aquel trabajo prometía convertirse en una práctica real del método Stanislavski que había estudiado en la escuela de teatro. Aquellos besos inesperados, casi robados, de Belén habían despertado su instinto, lo que complicaba todavía más las cosas. Sentía cómo sus pulsaciones se habían acelerado y cómo su temperatura corporal aumentaba sin control.

—¿Treinta y cuatro años? —soltó Belén con la mirada puesta en unos papeles—. Un poco tarde para hacerse actor, ¿no te parece?

—Un poco tarde para jugar a las mentiras, ¿no crees?

Hugo la miró para comprobar si Belén había captado la indirecta: desconocidos con heridas comunes en busca de respuestas. Belén sonrió intercambiando complicidad con Elvira. El joven polluelo conocido de Sebas, su maquillador, mostraba carácter, arrogancia y la seguridad necesaria para cumplir con su tarea. Mucho más de lo que esperaba encontrar en él.

—Tenemos poco tiempo hasta que lleguen los invitados. ¿Has estudiado bien tu papel?

Hugo asintió mientras se recolocaba la entrepierna y recuperaba la concentración.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí?

—Tu endiablado carácter. Eres fría por fuera, pero salvaje por dentro.

—No te pases.

Belén seguía repasando los papeles repletos de información sobre ella y Hugo. Había dejado de mirarlo. Al contrario que él, ella no había sentido nada, simplemente había ejecutado una cadena de besos. Aquella fría indiferencia disparaba la rabia de Hugo sobre ella y, al mismo tiempo, su deseo animal.

—Nos conocimos en Viena en un congreso internacional de psiquiatría. Tú formabas parte del personal.

—Fue rápido —la interrumpió Hugo mientras se encendía un cigarrillo para concentrarse—. Te acompañé al hotel dos noches y en la segunda ya me invitaste a tu habitación. Una semana juntos. Suficiente para repetir en España a los veintiocho días exactos.

—En Madrid —siguió Belén.

—En el hotel Urso —continuó Hugo—. Dos días y dos noches sin salir.

—Convendría que no te excedieras con la pasión —matizó Belén sin tan siquiera mirarlo—. Les costaría creer la fogosidad repentina de alguien tan frío como yo.

Elvira se sentó junto a ellos con más papeles en las manos, un café y un par de cajas.

—Tenemos un par de horas —dijo con la intención de apaciguar a la pareja.

—¿Cumpleaños? —preguntó Belén.

—7 de octubre —respondió rápido Hugo—. Tu color favorito es el verde aceituna. Tu película, *Orlando*. Odias el olor de las palomitas y que te toquen los pies. Te duermes con las gafas puestas y el libro en el pecho; siempre con los pies fuera del edredón. Algunas noches mascullas pala-

bras imposibles de comprender. Te gusta el café solo, doble y sin azúcar. Practicas todo tipo de deportes. Eres fría, pero estás enganchada a la adrenalina. Te duchas con agua templada, nunca fría. Jamás me has dicho «te quiero» y yo te lo digo a todas horas sin importarme.

Belén observaba a Hugo queriendo descubrir algo más allá de sus palabras mientras él hacía un repaso de ella, como si se tratara de otra persona. No le era indiferente, pero lo simulaba.

—Te molesta que hablen demasiado. A veces no sé qué piensas, pero tampoco me preocupa. Eres tremendamente atractiva y me gusta el sexo contigo. Para mí, suficiente.

Elvira miró con un gesto afirmativo a Belén. Hugo no dejaba de exponer lo aprendido, describiendo a la perfección su personalidad, manías y virtudes. Había conseguido cazar su esencia y la contemplaba con el descaro de quien ha logrado perforar la intimidad de cuerpos desnudos y excitados moviéndose para saciar la sed llamada deseo.

—No vivimos juntos. Nos vemos sin compromiso. No nos importa ni la diferencia de edad ni de estatus. Me aburren tus amigos postizos y a ti mis noches de pizza, cervezas y fútbol.

Hugo contempló con una extraña provocación a Belén, pero sin recibir respuesta por su parte. Al fin había podido centrarse y entrar en el juego como un auténtico profesional. Tenía que simular y no dejar al descubierto la más mínima debilidad o resquicio de duda sobre su valía para ese trabajo. Necesitaba estar con ella. Observarla de cerca. Había esperado demasiado tiempo y no pensaba desaprovechar la ocasión que se le había presentado.

Detuvo en seco su discurso y disfrutó de una larga calada al cigarro mientras la examinaba con descaro. Actuando, midiendo muy bien el personaje que deseaba mostrar.

—Tu turno —soltó divertido.

Belén se apoyó en el respaldo de la silla, dejó los papeles y clavó su mirada en él. Fría y triste. Silenciosa y enigmática. Ella, igual que él, también se escondía. Aceptó el juego de seducción de Hugo. Creyó que sería lo mejor.

—Caprichoso hijo único. —Hizo una gran pausa y lo miró fijamente, como queriendo cazar cualquier pensamiento distraído—. De familia de clase media de Madrid, aspira a ser actor, pero apenas ha hecho un par de papeles en dos series carentes de interés.

Hugo agachó la cabeza como si confirmara la crueldad de Belén. Sus puños se mantenían prietos. Recibió en silencio esos golpes bajos, que desplumaron la magia y aterrizaron en su realidad.

—Fragil a pesar de gozar de una armadura digna de un centurión romano. Musculoso como un buen David. Eres un niño todavía... Me gusta, los que van de hombres me aburren. No tienes filtro. Dices lo que piensas y no te importa lo que piensen. Eres tan distinto a mí que por eso te deseo. No me temes y nunca me dices que te aburres. Respetas mis rarezas y tampoco quieres compromiso. Te malcrío. Te doy caprichos y una vida que no te puedes permitir.

Elvira puso sobre la mesa las cajas que había traído consigo. Las abrió y mostró un par de relojes: un Rolex y un Omega.

—¿Cuál te gusta más? —le preguntó a Hugo—. No te enamores, solo forman parte del atrezo.

Hugo se probó los dos intentando simular el placer de ser agasajado. Llevaba años soñando con el éxito y más de una vez había pensado en tirar la toalla y buscar fortuna como comercial. Era capaz de vender hasta a su propia madre.

Eligió el más clásico y el más caro: el Rolex Submariner. Siempre había querido tener uno. Belén captó el deseo en él y sonrió por primera vez al comprobar, una vez más, el magnetismo llamado dinero.

—Cuando terminemos, te mostraré tu habitación y... tu vestuario para estos días.

Hugo se volvió a estirar las mangas del jersey con intención de responder a Elvira, pero Belén arrancó de nuevo tratando de disimular el orgullo herido de su nueva pareja.

—Me deseas, pero no me quieres, aunque no dejes de decírmelo un solo segundo. Yo tampoco te quiero, por eso no te lo digo, pero estoy contigo porque entretienes mi soledad.

—¿Soy uno más, entonces? —preguntó Hugo con tono arrogante.

—Cuanto menos pongamos el foco en la relación, más creíble será —respondió Belén con la indiferencia de quien repasa la lección, y prosiguió—: 20 de abril, cumpleaños. Color preferido, el azul. Tus pasiones son los zapatos, siempre lustrosos, y el deporte. Te miras más al espejo que yo.

Belén desvió la mirada levemente para no perderse la reacción de su novio, que comenzaba a moverse por la incomodidad y por el exceso de dardos disparados contra el orgullo. Bajó la cabeza aparentando, con una leve sonrisa, el placer de la estocada.

—Eres tan narcisista que no ves más mundo que tu propio talento. Aunque el mundo todavía no lo haya descubierto, ni tú demostrado.

—Tampoco hace falta que te pases... —interrumpió Hugo, molesto por el excesivo escarnio.

—No hablamos de mi pasado —siguió Belén—. Ni del tuyo. Nos prometimos vivir el presente y así llevamos...

—¡Año y medio! —respondió él cortando la conversación, que comenzaba a resultarle difícil de soportar—. Bueno, parece que todo está en orden, ¿no?

Belén se quedó pensativa. Dudaba, por la reacción herida de Hugo, si podría aguantar.

Se miraron nuevamente sin decirse más que lo acordado en aquel juego de simulación de ser pareja frente a viejos conocidos. Hugo, al contrario de lo que pensaba Belén, salió con la confianza de creerse impecable para el encargo. Los dos habían disimulado bien durante su primer contacto. Habían pasado el corte y la impresión de conocerse. De estar frente a frente. No iba a ser sencillo para ninguno de los dos, pero ambos habían aceptado jugar.

«Es perfecto. No te equivocaste. Gracias. No llegues tarde.»

Belén finalmente respondió a Sebas, que llevaba unos minutos ametrallándola con wasaps, deseoso por saber cómo había salido el encuentro.

Sebas lo celebró estirando su orondo cuerpo desnudo bajo las sábanas, como si fuera una cucaracha panza arriba. No entendía demasiado por qué, de todos los actores, Belén había elegido a Hugo para que fuera su novio por unos días. No era el mejor, y sí el que podía desviarse más rápidamente de su función. Intentó advertir a Belén, pero su decisión fue firme: «Me gusta él».

Todavía estaba en la cama, con la maleta sin hacer y la pereza de tener que compartir cuatro días con los amigos del muerto. La vida le había pasado por encima como un tren a toda velocidad desde la muerte de Adrián. Solo las almas castas pueden recuperarse de la pérdida del amor

de su vida sin habérselo llegado a confesar. No era su caso: su alma era demasiado traviesa para blanquearla y por ello se le abrían las carnes al pensar en celebrar el cuarenta cumpleaños de Adrián con quienes poco o nada habían tenido que ver con él.

Lucía, Diego, Martín y Belén habían sido indisociables desde la infancia hasta el entierro de Adrián. Él era, en verdad, el alma del grupo, aunque lo bautizaran como el benjamín y convirtieran en mascota, como a Tim, el perro de *Los Cinco*. Cualquiera de ellos, incluso Adrián, hubiera pagado por ser uno de los protagonistas de las novelas de Enid Blyton.

«¿Estás segura de que no te vas a arrepentir de todo esto?»

Escribió el mensaje a Belén mientras se empapaba con la lluvia de imágenes de Adrián que su enterrada memoria había decidido resucitar. Borró el wasap para no enviarlo. Sabía cuál sería la respuesta de Belén. La conocía demasiado bien. El hecho de reunirlos a todos para celebrar el cuarenta cumpleaños de Adrián respondía a un plan mucho más complejo que ni la retorcida mente de Sebas era capaz de descifrar.

—¿Estás organizando todo esto para cumplir el deseo de Adrián? —le había preguntado nada más enterarse de los planes.

Sebas y ella se habían mirado a través del espejo unos segundos, durante los que parecieron recorrer todo el dolor silenciado. Las verdades entre viejos conocidos transgreden las palabras, aunque aparezcan en forma de mentiras.

—No hay otra razón. Se lo prometimos todos a Adrián. Estaría bien que lo cumpliéramos. ¿No crees que tengo razón?

No hubo más explicaciones ni preguntas. La de Belén no tenía por qué ser respondida, como la mayoría de sus preguntas. Aquel día, Sebas siguió maquillándola como llevaba años haciendo, compartiendo confidencias con un solo tema blindado: Adrián. Después de su muerte y de su reencuentro profesional, los dos, sin necesidad de mencionarlo, habían trabajado juntos con la condición de no hablar de él; de no recordar su ausencia y lo que cada uno había decidido enterrar.

Durante todos aquellos años, ambos habían respetado las reglas del juego y, aunque no eran inseparables, el maquillador se había convertido en una de las personas más próximas a la doctora Collet. Una de las pocas que podían transitar sobre la delgada línea entre el personaje y la persona sin causar un grave desajuste.

Sebas no volvió a preguntar por los planes de Belén. Quiso creer lo imposible: que se había dejado llevar por un impulso y que luego se había arrepentido. Ella nunca se dejaba llevar, Sebas lo sabía, pero en aquella ocasión prefirió creerlo hasta que llegaron las instrucciones. En su caso, con una breve llamada.

—Sebas, el próximo 10 de febrero mi hermano Adrián hubiera cumplido cuarenta años. Sabes bien lo que esto significaba para él: empezar una nueva vida. Es la frase con la que creció, la leía todos los días en la taza en la que dejaba su cepillo de dientes: «La vida empieza a los cuarenta». He decidido organizar una fiesta en su honor en Ajo, como le hubiera gustado, con todas las personas a las que él adoraba. Espero que no me falles, y tampoco a él. Te escribo con las coordenadas en unos días.

Tampoco entonces hubo pregunta alguna, ni siquiera una explicación. Tampoco entonces pudo responder porque Belén solo contemplaba una respuesta, y era afir-

mativa. La llamada lo pilló caminando por la calle y, como un globo que se desinfla a toda velocidad, sintió que las piernas le fallaban. Se sentó en el primer banco que encontró y buscó aliento. En todos aquellos años, había fantaseado con que a alguien se le ocurriera celebrar el cuarenta cumpleaños de Adrián. Pero había sido solo un destello en su mente, nada más. Un deseo loco de volver a acariciar los tiempos perdidos. Y el anuncio de Belén provocó que comenzaran a resucitar sin control los recuerdos de Adrián. La vida, igual que no atiende a nuestros deseos, prosigue sin atender a nuestras plegarias.

Aquella invitación había surtido el mismo efecto que si hubiera visto un fantasma. Su corazón estaba demasiado deshilachado para creer en el más allá y en otras vidas, pero la llamada de Belén lo había transportado a una realidad olvidada: los buenos recuerdos. El amor perdido y jamás compartido.

«¡Y además folla bien! Llegaré según lo acordado. Bs.»

Ese fue el mensaje que finalmente Sebas decidió enviar a Belén. Prefirió seguir respetando las reglas y no hablar del plan, ni de Adrián, ni de aquella reunión de amigos para soplar las cuarenta velas de un muerto. Sabía que Hugo tenía pocas posibilidades de rozar el sexo de Belén, pero también que lo intentaría con todas sus fuerzas. Con ella y con todas las que se le pusieran a tiro.

Sebas seguía en la cama acompañado de los recuerdos de Adrián y de un desconocido. Dio unas palmadas a unas nalgas desnudas y velludas que desfilaban sobre las sábanas.

—Querido, que esto no es un hotel... Será mejor que vayas poniéndote los ojos.

La noche anterior había decidido darse un festín y lle-

vase a casa a un adonis deseoso de glamur envenenado. Eso era él, una estafa en toda regla. Una serpiente en un nido de víboras que se mueve y muerde para sobrevivir. Conocido como Sebas, el maquillador de las estrellas se había hecho de oro no tanto por su buen trabajo, sino más bien por la habilidad de convertirse en confidente imprescindible de actrices, presentadoras y modelos. Muchas fiestas, más drogas y menos sexo del deseado. Mañanas terribles, días para silenciar y mil y una noches inolvidables y olvidadas. Con cuarenta y dos años, Sebas había gastado cinco de sus siete vidas y se sentía inconfesablemente cansado de existir.

Abrió el agua de la ducha y la dejó correr mientras observaba cómo su propia orina se mezclaba en el remolino de evacuación. El tiempo justo para meterse bajo el agua y comprobar que se encontraba a la temperatura adecuada.

—Cariño, la mañana me deja con el pito bajo y muchas ganas de soledad. —De ese abrupto modo se deshizo del joven que había aparecido desnudo y dispuesto a compartir ducha.

Esa escena la había vivido decenas de veces, comprobando lo malcriado que es el deseo ajeno. Cuanto más indiferente se mostraba, más empeño ponían en poseerlo.

—Hazte café si quieres... ¡Ha sido una noche inolvidable!

El joven le había contestado, había insistido para quedarse mostrando su bajo vientre excitado sin provocar en Sebas más que apatía. Hacía tiempo que el sexo había dejado de divertirlo, aunque su cuerpo lo requiriera cada cierto tiempo. Lo disfrutaba y lo desechaba como una película porno mal montada.

Se concentró en la ducha, en el correr del agua, mientras decidía si le enviaba un mensaje conciliador a Diego

para apaciguar las aguas antes del reencuentro. La noche los mantenía unidos; Sebas era asiduo a los locales de Diego y este lo aguantaba porque le llevaba famosos. Una relación superficial basada en el interés mutuo que solía es-tallar porque en las profundidades no se soportaban.

—¿Y cómo es ella? —le preguntó Cris mientras se retocaba los labios en el espejo de la visera del copiloto.

Diego conducía con desgana y cierto malhumor. Había cerrado tarde el Paradís y accedido, forzado por su mujer, a pasar los cuatro días en Ajo.

—No sé por qué te has empeñado en reservar un hotel. Vamos a quedarnos en su casa y a disfrutar de tus amigos y de ella.

Ni siquiera mordiendo en la llaga, Cris lograba arrancar una sola palabra a Diego, que seguía con la mirada perdida en la carretera. Acababan de dejar Madrid, a Lucas con los abuelos, y lo que podría ser una escapada romántica era una aventura obligada bajo la amenaza de divorcio. Cris adoraba a la doctora Collet, la seguía desde hacía años. Había leído todos sus libros..., era su referente. Una heroína sin piel de cordero que pisaba sin pedir permiso y cogía lo que deseaba sin sentir culpa por ello. No podía creer que la mujer que había conseguido que se levantara de la cama a golpe de pódcast motivador fuera amiga de la infancia de su marido. Hacía apenas dos meses que se había enterado, el mismo tiempo que llevaba intentando convencerlo por las buenas para acudir a la fiesta.

—O vamos a la fiesta o me divorcio. No es una advertencia, Diego, es una promesa.

—Te vas a arrepentir —repuso él sin mirarla y cerran-

do la puerta del baño para despejarse de la noche y del pasado.

Cris estaba feliz de forma agrídulce porque, a pesar del tiempo que llevaba con Diego, él seguía siendo un desconocido. Jamás contaba nada de su pasado; a ella tampoco le había importado demasiado hasta que volver a él se había convertido para ella en una de las cosas más excitantes que le habían sucedido en los últimos cinco años de matrimonio.

—Necesito parar a hacer pis y tomarme otro café. No quiero que llegemos los primeros ni antes de tiempo. Es de mala educación que las visitas se adelanten, ¿no te lo ha dicho nadie?

Cris estaba acostumbrada a hablar sola y a mantener ese tono de ofensa con Diego. Hacía mucho que el amor por él se le escurría, pero permanecía a su lado por el estatus que le daba el dinero. O eso era lo que ella se decía.

Diego detuvo el coche de un frenazo; Cris se clavó el lápiz de ojos en el globo ocular.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —preguntó con los nervios exaltados—. Pégale cuatro golpes al reposacabezas, pero empieza a calmar esos humos si no quieres que terminemos estos días con un divorcio. Me has prometido que vas a comportarte. ¿Te parece si empiezas a practicarlo desde ya?

Cris cerró la puerta del coche de un golpe, dejándolo sin derecho a réplica. Solía ser su juego de escape cuando alguna situación le alteraba los nervios. Diego tampoco quería llegar el primero. Ni hablar con Cris ni con nadie. Él, a diferencia de su mujer, no deseaba llegar a Ajo ni ver a Belén, ni a Lucía, ni a Martín. Todavía estaba intentando encontrar una buena razón que explicara por qué había accedido a acudir a la celebración. Tampoco había encon-

trado una suficientemente mala. No estaba seguro de amar a Cris, pero sí a su hijo Lucas, y no quería arriesgarse a que lo despreciara por no intentarlo un poco más. Había aceptado ir bajo presión: la de su mujer y la suya propia. Puede que divorciándose se hicieran un favor. No había vuelta atrás. Prefería que su mujer creyera que iban por ella, más que por no haber dado con un buen motivo para no hacerlo.

Revisó su móvil. Todavía tenía el mensaje, sin leer, que hacía un mes le había enviado Martín. Abrirlo era reencontrarse con su pasado, algo que había decidido mucho tiempo atrás no volver a hacer. Pero solo los muertos pueden huir de su pasado, y Diego estaba a punto de comprobar que ni siquiera ellos escapan a él. Metido en el coche, sabía que estaba a unas horas de romper sus propias reglas por la locura de pasar cuatro días celebrando el cumpleaños de Adrián.

—¡Adrián, te prometemos que tendrás tu fiesta de cuarenta cumpleaños!

A los pies de una tumba se hacen pactos delirantes como aquel que Lucía, Belén y él le hicieron a Adrián en su propio funeral. Desde entonces, odiaba prometer. Diego no prometía, hablaba poco y todo lo solía decir con hechos.

—La vida se malgasta en palabras —le recordaba a su hijo Lucas cada vez que este pretendía jurar algo—. Los errores, hijo, se aceptan en silencio y se subsanan actuando, no con palabras.

Aquella condenada mañana que los años no lograban borrar de sus noches, Diego había caído en la cuenta de que la vida no nos pertenece. Adrián estaba muerto, y en un intento desesperado por retener lo que ya nunca volverían a ser, Diego se había lanzado a jurarle a un muerto.

—¡Adrián, te prometemos que tendrás tu cuarenta cumpleaños!

Lucía y Belén habían asentido cogiéndole la mano y apretándosela fuerte, pero él había sido quien había pronunciado las palabras.

Entonces Martín todavía estaba en coma y había sido el único de los cuatro que no se lo había prometido y el único que, después de casi veintiún años, podía echarse atrás. No habría por su parte promesa incumplida. Diego lo sabía, y puede que ese fuera otro motivo por el que se había negado a leer su wasap. Tampoco le había preguntado a Belén si el resto había accedido. El pasado se había ido con ellos, y durante todos esos años Diego lo había logrado: los que fueron sus mejores amigos ya no le importaban lo más mínimo. Los había borrado del mapa, como ellos a él. Puede que un alivio compartido, una elección en dirección a la carretera del dolor olvidado.

Agarró de nuevo el móvil, buscó a Martín en el WhatsApp y sin pensárselo abrió el mensaje.

«Hola, soy Martín, por si ya no tienes mi número. Llámame cuando puedas, es urgente.»

Como buen político, podía esperar un mensaje así de Martín: cargado de demanda y nulo en contenido. Su máxima desde que había entrado en la universidad de Económicas era no dejar nunca rastro, y menos escrito, para evitar un día tener que desdecirse. Siempre confabulando, urdiendo planes conspiratorios. Diego se alegró de no haber abierto antes el mensaje porque estaba seguro de que había alguna trampa escondida en esa petición de llamada urgente. No sabía nada de él, más allá de los titulares que había leído hacía unos años que anunciaban que abandonaba la política, o que la política lo abandonaba a él, para dedicarse a la empresa privada. Un engatusador

oportunista tan poco listo que ni siquiera en el mundo de los ciegos había logrado ser el tuerto.

Unos golpes en el cristal del coche lo devolvieron al presente. Era Cris cargada con un par de cafés, haciéndole aspavientos para que saliera y compartiera rincón y cigarro en ese antro de carretera.

—¿Vas a seguir castigándome parando en las gasolineras más cutres? Por poco le pego una patada en los huevos a uno por mirarme las tetas como un perro en celo.

—Los perros no tienen celo —contestó Diego saliendo del coche.

—Eso es lo que os creéis... Y luego dirán que las mujeres nos lo inventamos todo. ¡Será hijo de puta! Estas tetas se miran si yo quiero y como yo quiero.

Diego cogió uno de los cafés y se apoyó en el coche sin poder evitar sonreír al escuchar a su mujer. Era bruta, frívola, interesada, pero tan valiente que no había quien la parara ante lo que ella consideraba una injusticia. Esa era una virtud que él admiraba y que siempre terminaba por ablandarlo. Su mujer lo sabía y por eso se había inventado la historia del tipo de la gasolinera que le había mirado lascivamente las tetas.

—Seguro que se ha metido en el baño para hacerse una paja e intentar correrse con su micropene. Hasta tú, si lo vieras, te apiadarías de él por patético. Mis tetas son mías y no soy una ONG con pechos dispuesta a hacer una obra de caridad a mendrugos. ¡El muy cabrón...!

Él sonrió abiertamente mientras le pasaba a Cris el cigarro recién encendido y le miraba las tetas como un salido, lo que le provocó una risa endiablada.

—¡Serás cabrón! ¡Sal de mi lado!

Diego se encendió su cigarrillo y tomó el primer buen aliento de la mañana. Ella lo había logrado de nuevo. Sa-

carlo de su silencio, de su tortura interior no compartida y abofetearlo hasta que había reaccionado.

—No sé cómo es realmente —soltó Diego sorbiendo el café.

—¿Quién? —le preguntó Cris.

—Belén. Bueno..., ¡la doctora Collet! —Un movimiento de ceja lo acompañó mientras pronunciaba el nombre de la afamada psiquiatra por la que su mujer sentía, desde hacía años, admiración.

—Te ríes porque no puedes entender lo que significa para mí poder conocerla. ¿Acaso te has leído alguno de sus libros?

Ella llevaba razón. Diego no entendía a su mujer, ni el cambio de Belén. Suponía que la vida los había cambiado a todos. Ninguno de ellos era ya un niño, pero algunos se habían transformado más que otros. Como Belén. Él tampoco era el mismo, pero siempre había sido el ambicioso en busca de dinero y éxito para estar a la altura del resto: de los cinco. Todos con dinero menos él, el hijo del heladero del pueblo. El único nacido en Ajo y el primero que se fue para no volver.

—¿Cómo era? Al menos eso sí que me lo puedes decir...

Cris llevaba con esa insistencia desde que se había enterado de la invitación por su indiscreta costumbre de revisar el correo de empresa de Diego. Desde entonces, no había cesado con su interrogatorio con el único objetivo de conocer a la doctora Collet y compartirlo luego con su grupo de amigas, que se morían de envidia. Les había prometido hacer un minucioso diario de audio de todo lo que ocurriera en esos cuatro días y cumplir con la misión: volverse tan amiga de Belén como para organizar con ella y con las chicas una cena en Madrid. Cris no dudaba de su

magnetismo, pero temía que su marido llegara a torpedear sus planes con una de sus características e hirientes salidas de tono.

—¿Y los demás no te interesan? —preguntó Diego con sorna—. Puede que alguno tenga mucho más dinero que tu querida psiquiatra.

Cris apagó precipitadamente el cigarrillo, le dejó el vaso de café vacío a Diego y se metió en el coche, dándolo por imposible.

—Para eso ya te tengo a ti. No necesito a otro cretino con los bolsillos llenos.

Ya no le importaba el mutismo de Diego respecto a la doctora Collet porque estaba a punto de comprobar por ella misma cómo era: iba a pasar cuatro días con la doctora, y encima en su casa y celebrando el aniversario de un muerto. Era la situación más bizarra y excitante de los últimos tiempos y no estaba dispuesta a dejar que se la estropeará. Ni Diego ni nadie que acudiera con menos ganas que él.

—Estamos a dos horas. ¿Quieres que demos una vuelta antes por Santander? Yo tampoco quiero ser el primero en llegar.

Diego arrancó el coche y la primera sonrisa de complicidad de Cris. Lo lograba solo y exclusivamente cuando satisfacía sus deseos. Lo había descubierto demasiado tarde, como la mayoría de sus decisiones. Mal y tarde.

—¿Qué te parece esta monada? —le preguntó Martín a Lorena, que había bajado a la calle con los ojos vendados y en ese momento los abría para descubrir la sorpresa que tenía preparada su marido.

—¿Un coche nuevo? Y además de los caros. ¿De dón-

de lo has sacado, Martín? —Lorena lo miró inquisitoriamente.

Martín seguía inmóvil, con una amplia sonrisa, apoyado en el frontal del Jeep Grand Cherokee negro.

—¡Detalle de empresa! ¿No te parece que las cosas empiezan a cambiar? Un bonus extra por los objetivos logrados. ¡Cariño, me han ascendido! Vuelvo a estar arriba.

Lorena veía a Martín como a un adulto pretencioso con ganas de fardar ante sus amigos de infancia. «¿No había uno más grande?», pensó, pero no se lo dijo porque sabía que el tamaño del coche era la analogía perfecta para representar el deseo de algunos, entre los que incluía a su marido, de tenerla más larga que el resto.

—¿Podemos subir ya a por las maletas? —le preguntó dándole la espalda e ignorando la fanfarronería del momento.

Lorena no tenía ningunas ganas de ir a casa de nadie, y menos de una famosa psiquiatra amiga de la infancia de Martín que seguro que era más estirada que su marido. No aguantaba a los *snoobs* con los que él se codeaba y de los que soportaba desplantes y comentarios ofensivos. Martín había dejado de ser don importante porque hacía años que lo habían bajado del escenario del poder. Nunca le confesó a ella las verdaderas razones, pero sí le aseguró que él era la víctima, y los demás, los cabrones. A Lorena no le importó ni la historia ni su verdad, solo que esa vida se quedara en el pasado y no volviera nunca más.

Se había enamorado del Martín que se había quedado desplumado, sin apoyos políticos ni apenas familiares. Pero tras esos siete años solo quedaba la espuma de esa torta de humildad y demasiados deseos de volver al ruedo.

—Lorena... Un poco de alegría, mujer, que ya verás

cómo nos lo vamos a pasar en grande. ¿O es que no te he hablado de Ajo y de mis amigos?

Lo cierto es que lo había hecho, pero con un tono de recelo y resentimiento que hacía unas semanas había quedado en el olvido. Así era Martín, capaz de darle la vuelta a quien fuera y de convencerlo de que sus propias verdades eran auténticas mentiras. Un prestidigitador de la misma vida cuyo rumbo cambiaba para que el viento soplara a su favor y nunca al del resto. Lorena solo quería estar con él y formar una familia. Tener un hijo y olvidarse de su mundo de satén. No le pedía más a la vida; no le pedía tanto como él. Seguir trabajando de encargada en la cafetería de Vallecas, como llevaba años haciendo, viviendo en el barrio y paseando de la mano con su desgarbado y culto marido. No quería salir de allí ni que él prosperara demasiado, porque eso podría significar perderlo. Ella no era una chica lista, pero sí dada al amor y entregada al cuidado del pajarillo desplumado y empapado que había llegado por casualidad a su cafetería.

—¡Ya sabes que consigues todo lo que quieres de mí! Pero una promesa es una promesa. Estos días... ¡me dejas embarazada! Estoy en los días fértiles de mes, y si tú necesitas el lujo y a tus amigos ricos para ponerte cachondo, pues me parece muy bien, pero... ¡vas a cumplir conmigo!

Mientras Lorena hablaba, Martín la besaba por todo el cuerpo sin parar hasta lograr meterle la mano por dentro de las bragas y susurrarle al oído:

—¡Lo prometo, cariño! ¡Lo prometo! Estos días vuelve la fiera, así que prepárate para... ¡la embestida!

—¡Suelta, anda! ¿No teníamos que llegar a la hora de comer? Pues será mejor que espabilemos, que ya vamos tarde y no quiero que los señoritos piensen que soy una irrespetuosa.